**Reflexiones sobre la Ideología**

Unidad 2

Introducción a la Filosofía (2591)

INTRODUCCIÓN

La cuestión a la que nos enfrentamos toda vez que interpelamos nuestra existencia, es que lo que existe no lo hace nunca de modo “ingenuo”. Es decir, hemos visto hasta aquí desde distintas perspectivas, que la filosofía es un ejercicio de sospecha frente al mundo: la pregunta se plantea como una incomodidad frente a los diversos relatos (vamos a decirles así, de momento) que ordenan nuestra realidad inmediata. Esos discursos y prácticas que constituyen un mundo exterior y un mundo interior, habitan en el lenguaje que utilizamos para comunicarnos, en nuestras costumbres, en eso que llamamos “sentido común”, en nuestra representación de “los buenos y los malos”, incluso en la auto-percepción que tenemos de nosotrxs mismxs.

La idea es un poco incómoda de asumir: nadie es dueñx absoluto de sí mismo. ¿Qué significa esto? Que por más que imaginemos ser “libres pensadores”, el pensamiento piensa utilizando las herramientas que el mundo humano le provee. Y esos recursos están llenos de ideas anteriores sobre el mundo, de formas de interpretar al sujeto, al individuo, a la otredad, a la comunidad, al bien o al mal, etcétera. Cuando nos imaginamos cómo ser exitosos, o como los buenos del mundo, o como los acertados, etc., nos ubicamos y ubicamos al mundo de acuerdo a criterios de clasificación y ordenamiento que nos pre-existen, es decir, que ya nos señalan el significado de ser el bueno, el acertado o ser exitoso. Me juego a que un buen número habrá pensado que con “exitoso” me refería al éxito económico, pero puede que me haya querido referir al éxito como ser humano, como padre, o como buen docente -si lo fuera-. El hecho de la asociación inmediata del éxito con la economía, por ejemplo, indica que ya sobre nosotrxs opera un modelo de ser en el mundo, que indica acciones deseables, otras reprobables, valores y disvalores, etcétera, todos ellos asociados una idea de qué y cómo hay que ser en el mundo, pero en absoluto la única (ni, probablemente, la deseable). La cuestión es si podemos indagar en porqué sucede aquello, porqué ese modelo de reflexión (el éxito como éxito económico, o la representación positiva o negativa de un color de piel, o el rechazo a ideas que parecen tan ajenas) aparece tan “natural” en nosotrxs.

Uno de los modos más funcionales (es decir, que hace funcionar cosas) de las ideas, es justamente naturalizarlas en los sujetos. Es decir, que se representen al sujeto como una experiencia espontánea de sí mismo. Pongamos un ejemplo. Seguramente todxs compartimos el uso de la palabra “familia” en un sentido similar: la unidad básica de la sociedad, etcétera etcétera. No obstante, el concepto de familia como lo conocemos en la actualidad en occidente, ni siquiera tiene la raíz del cristianismo (en donde el concepto de familia era mucho más comunitario y solidario entre miembros no sanguíneos) sino, como se encargaron de demostrar por ejemplo Frederich Engels o Max Weber, se trata de una reformulación de la versión protestante y burguesa de familia, según la cual se trataría de una unidad económica y atomizada del resto social: el éxito de cada familia particular, aseguraría el éxito general de la sociedad. Ese “sentido común” no se construye de un día para otro ni depende de la declaración de un sujeto: que se naturalice como práctica, significa que el conjunto humano al que se refiera, actúe según sus criterios y piense su realidad con los eslabones de su cadena. Para ello, ese concepto, esa idea, debe extenderse a todo su esquema de interpretación del mundo: desde la moral que le ayuda a decidir qué acto es bueno o malo, al derecho que regula el orden según sus criterios, la política que decide de acuerdo a lo que “sugiere” la idea, la percepción de las otredades según participen o no del concepto, etc.

Lo que se intenta sugerirles aquí, es que no podemos hacer un análisis ingenuo del mundo, suponiendo que todo dato que tomemos de él “es así y no puede ser de otra forma”. El derecho es un sistema práctico de regulación de las acciones deseables y prohibidas para un grupo de sujetos que aceptaron la constitución de una autoridad que los sancionará si no cumplen lo pactado. Muy bonito. Pero el modo de regular, el tipo de acciones deseables y de las prohibidas, la denominación, inclusión y exclusión de sujetos, la determinación de la autoridad y su aceptación, la sanción y el pacto, son todos presupuestos que “ya habitan” en una comunidad y que, por tanto, tienen una *herencia*. Si hay una herencia de los modos de representarse la regulación, las acciones, la inclusión, los sujetos, el poder, los pactos deseables y los que no, etcétera, lo que llamamos derecho puede ser tenido por una *traducción* de las disputas por completar el sentido de esos campos que nombramos. No habría algo que “al fondo de los fondos” sea el derecho absoluto y puro (en contra de lo que Hans Kelsen creía, por ejemplo), sino que el derecho sería más bien un concurso de representaciones y conceptos que “naturalizados”, se trasladan a la regulación social. Una vez allí, una vez operando sobre la representación del mundo, luchan por su permanencia con otros modelos y representaciones del mundo. Quién queda, depende más del dominio de la representación-mundo de los sujetos que de “lo bueno o malo” de un sistema jurídico perfectamente diseñado para ser operativo.

Esto es lo que decimos que se traslada a conceptos tan densos y profundos como el de DEMOCRACIA, JUSTICIA, LIBERTAD. Estos conceptos no existen independientemente de las circunstancias que les dan sentido, es decir, las prácticas políticas y la forma de vida en que se desenvuelve su acción. Son, los conceptos, modos de concebir mundo. Cuando decimos “democracia”, estamos usando una significación específica y asociada a esa palabra, por ejemplo, el modelo democrático moderno y occidental, y no el significado que tenía en la Grecia antigua. Y esto no lo estamos aclarando todo el tiempo, sino que como compartimos el espacio vital, en el que vivimos, y similares costumbres, y lenguajes, etcétera, etcétera, ya “sabemos” que cuando alguien dice “democracia”, se refiere a un sistema de votación en la cual la totalidad de los sujetos habilitados eligen sus autoridades sin coacción. No obstante, y como paso con el concepto de familia, todo lo que prediquemos de la democracia tiene ya sus herencias. Es importante saberlas, reconocerlas, desnaturalizarlas. Es el único modo en que podemos hacerlas mejores, evitar ser engañados en la percepción, proponer alternativas. Sea sobre la idea y práctica de la democracia, como de la justicia o la libertad.

Antes de adentrarnos en esos conceptos y sus tensiones (que las tienen, y muchas), creemos necesario clarificar ésta cuestión de cómo la representación interna y externa del mundo se nos hace “carne” en lo que pensamos, leemos, estudiamos, sabemos o desconocemos. Hay un concepto que a estos fines es irremplazable, y es el concepto de IDEOLOGÍA. Es un concepto con una riqueza analítica extraordinario, lamentablemente con mala prensa debido a su mal uso y a los intentos de alguna perspectiva de acusar a todo de “ideológico”, salvo su propia perspectiva, lo que no parece muy lógico. Otra vez, la “acusación” sólo puede pesar sobre aquello que ya se ha negativizado, establecido como lo malo o indeseable. Eso es lo que ocurrió con el concepto de ideología. Probablemente, si lo pensamos, la mejor manera de convencernos de que la ideología es algo malo es naturalizando en nuestra representación interna y externa del mundo qué es bueno y qué es malo, lo que requiere una buena práctica ideológica.

**Terry Eagleton. ¿Qué es la ideología?**

El texto que les presentamos para pensar la cuestión nos ofrece un buen panorama sobre los usos y abusos del concepto. Partimos, como entendemos que se debe partir, de los hechos. El hecho es que existen, en todo el mundo, movimientos que asumen una cosmovisión del mundo, sean nacionalismos extremos, ecologistas radicales, evangelistas cristianos, etcétera, etcétera. Si partimos de ese dato, que cualquiera puede comprobar, ¿porqué no se habla de ideología o se le tiene miedo a este concepto? ¿Qué es, en definitiva, una ideología? ¿En dónde habita?

Es muy habitual el hecho de reconocer la ideología en cualquier otro lado menos en nosotrxs mismxs. Seguramente, desde otros lugares, podrían decir lo mismo, o que por no reconocernos atravesados de ideología, estamos más ideologizados que nadie. Dicho así, pareciera que la ideología es un modo de verdad o de confundirnos sobre la verdad del asunto. De acuerdo a Eagleton, es posible un análisis crítico de la ideología. Crítica no es “criticón/na”, como aquél/lla que se dedica a oponerse a todo. Eso es otra cosa, eso es un drama de opiniones y opinólogos/as.

En términos de la filosofía, crítica es la indagación que busca dilucidar, aclarar, visibilizar, la experiencia del individuo (o de un conjunto) para extraer de allí los rasgos que exceden su individualidad (como individuo o conjunto de éstos). Hacer “crítica” de la ideología será la explicación sobre, dice Eagleton, lo mistificado. Mistificar es un modo de encubrir, de darle una cobertura a fenómenos bajo una dirección determinada sin especificarlo. Esto se logra enseñando de modo activo lo que debe pensarse/hacerse con algo. Por ejemplo, la noción de “mercancía”, tan habitual y presente en nuestra vida, supone que hay valores definibles para objetos (un trabajo y su salario, un celular y su precio), pero ello encubre (en nuestro muy específico modo de trabajar y producir en el mundo, y de darle un valor monetario -hubo y hay otros-) toda otra alquimia necesaria para que esto ocurra: creer en el valor de una moneda, “ponerle precio” a distintos trabajos, encubrir la diferencia entre quienes sólo pueden trabajar y quienes tienen lo que aquellxs necesitan para trabajar. Lo mismo ocurre con una relación colonial: el blanco es el sujeto privilegiado de la historia, laborioso, respetuoso de las leyes, honesto; el negro es el ignorante, el vago y deshonesto.

Lo que estamos diciendo con Eagleton, es que detrás de esas nociones que definen nuestra percepción del mundo, hay sesgos de confirmación o de error, de acuerdo a cómo estén operando en nosotros aquello mistificado.

De acuerdo al autor, no hay demasiado acuerdo respecto a qué es la ideología. De hecho, presenta un variado número de definiciones que es habitual encontrar. Cuando se refiere, por caso, al proceso de producción de significados, signos y valores en la vida cotidiana, podemos entender que se refiere a hechos tan “evidentes” como la necesidad de pagar impuestos o de ser exitosos en términos económicos. Esos significados tienen sus “signos” operando en el mundo real (la visión de un empresario exitoso en las tapas de revista, o de un estilo de vida ligado a la riqueza), y generan valores asociados a tales prácticas: dividen prácticas que deben desearse para alcanzar esos lugares y, por tanto, prácticas que niegan esas posibilidades que deben rechazarse. No se trata de aceptar/no aceptar, porque muchas veces estas prácticas ideologizadas conquistan la moral de una época (como parece ser la nuestra), y la escala de valores de la vida económica pasa a dominar la escala de valores de toda la vida humana. Lo cual es un problema, porque la moral es aquella que determina qué acciones son buenas o malas, y si la moral es la moral económica, quedan relegados otros ámbitos de la vida a los fines de la economía.

La cuestión que debemos atravesar de modo reflexivo, crítico, es si lo nuestro, si nuestro modo de ser/existir en el mundo, es ideológico. Y, en todo caso, porqué sería importante saberlo. Podemos reconocer fácilmente que habitamos en ámbitos atravesados por la política y por el derecho; de hecho, están estudiando en estos campos. Pero, ¿qué hay de ideológicos en las prácticas existentes de éstos? Es fácil y habitual decir que la política está atravesada de ideología. ¿y el derecho no? ¿No es el derecho un resultado de decisiones respecto al orden social? ¿Y ese orden social no está atravesado de cosmovisión, de lecturas de lo bueno/malo, deseable/indeseable, y de proyectos políticos que lo llevan adelante o lo rechazan? El derecho (al menos la corriente dominante) se resiste a ser llamado “ideológico”, porque supone que puede decidir por los sujetos desde formas y procedimientos que no expresan *específicamente* una ideología. Eagleton, tal vez, diría que esta afirmación del derecho es un modo de mistificación.

Las formulaciones que hacemos del mundo, dice el autor, implican *cuestiones epistemológicas*. Dicho muy brevemente, una epistemología es un modo de investigar y exponer aquello que nos circunda. Todos estamos atravesados de una epistemología occidental, por ejemplo, porque vivimos en occidente, y éste espacio del globo fue dominado por esquemas de verdad, de vida y de muerte que ordenan el cómo vemos, investigamos y exponemos también nosotros nuestra verdad, vida y muerte.

Por ejemplo, la concepción de naturaleza que tenemos, mayormente tiene que ver con una relación de utilidad con el medio natural, con la separación del humano de la vida natural y con el sometimiento de ésta a sus necesidades. Ello no siempre fue así, y su transformación dependió de una inversión filosófica (sí, filosófica) que se inició en el siglo XIV (otras lecturas sugieren que fue incluso antes), que sirvió luego para la avanzada científico naturalista sobre el mundo occidental conocido y la expansión de superioridad de este conocimiento frente a otros, tenidos ahora como inferiores, creencias o supersticiones. Por raro que parezca, aquello que creemos tan “nuestro”, en realidad depende y dependió de movimientos sobre el investigar y exponer hechos del mundo. Por eso es posible encontrar otros modelos de relación con la naturaleza, o de vida, o de humanidad. Lo que sucede es que esas “cuestiones epistemológicas” no están exentas de cómo se disponen los significados y los signos de lo que se quiere conocer. El autor lo grafica en cómo una epistemología hegeliano-marxista (una corriente de pensamiento y acción del mundo), analiza la verdad o falsedad de una afirmación de acuerdo a las diversas estructuras que le dan sentido a las prácticas, y en donde la ideología tiene la función de mistificar esas prácticas para hacerlas “naturales” a un modo de ser en el mundo. Desde otro lugar, la sociología -en su versión más simplificadora- asocia las ideas a su función para la sociedad: descarta las que no le sirven, valida las que le resultan.

Otro punto que podemos pensar para reflexionar críticamente, es respecto al uso que le damos al concepto “ideología” en nuestra cotidianeidad. Más adelante en el programa, veremos cómo Antonio Gramsci, un filósofo italiano ya fallecido, pensaba justamente en los procesos de afirmación del “sentido común” como un vehículo ideologizado por excelencia.

Debemos preguntarnos sobre si es posible identificar o enjuiciar algo sin precomprensiones del mundo o de los objetos. Una táctica es la que ofrece Martin Heidegger, un gran filósofo alemán del siglo XX, para quien es posible presentar la relación de conocimiento en una tríada entre el que MIRA, lo MIRADO, y la LUZ que ilumina la relación. Es decir, la relación entre ustedes como actores que conocen con un algo por conocer (el derecho, la política, una otredad genérica, racial, económica, etc), está ya siempre sesgada por la luz que hace visibles ciertos rasgos y deja a las sombras otros. Esto sugiere que hay operando siempre una real manipulación de esos tres lugares (más el cuarto, las sombras), lo que supone ubicar a los sujetos en distintos espectros de la comprensión. En el ejemplo de Eagleton: a la luz de la ideología político-económica norteamericana, era “realista” derrocar al gobierno chileno de Salvador Allende en 1973; y, bajo esa misma lógica, que la URSS (Unión Soviética) hiciera algo similar con Checoslovaquia era puro “fanatismo ideológico”. ¿No son lo mismo? No, no lo son en la perspectiva de conocimiento, de luz y de sombras, de quienes evalúan las respuestas. ¿Y nosotrxs? ¿No estamos también atravesados de esta relación cuando “no vemos” el patriarcado, por ejemplo? Cuando se modifica la relación de conocimiento y se logra, por ejemplo, la tipificación de “femicidio”, lo que se genera es una mudanza de todos los componentes de la tríada (o cuaterna) de Heidegger.

Otro modelo de respuesta al problema de la ideología, es la que ofrecen quienes sostienen que no hay ideología. Es decir, de acuerdo a esta posición, el mundo y sus prácticas se desenvuelven de un modo “natural”, y todo lo demás es fanatismo ideológico. Lo curioso es que quienes sostienen esta postura pertenecen al mismo grupo, que son los que defienden que el capitalismo es el único modo realista de existencia en el mundo. Todo lo demás sería ideología irracional o dogmas rígidos para pensar. Es extraño, porque son dos formas lógicas que chocan entre sí (“todo lo que no sea capitalismo es irracionalismo ideológico”; y “todo lo que no sea capitalismo es un encierro de la razón a formas rígidas”). Si esto fuera así, habría que entender -según nos dicen- que el capitalismo no tiene supuestos ideológicos para conocer o para actuar en el mundo, y sería sólo una adaptación pragmática a cómo “nos llegan” las cosas. Para que sea así, deberíamos hacer caso omiso a la historia, al derecho, y a la moral, y creer que el capitalismo es una construcción del todo inocente, sin mistificaciones ni encubrimientos. Suena, al menos, raro. Al respecto, las afirmaciones que cita Eagleton del politólogo norteamericano K. Minogue, procuran evidenciar la partición del mundo que propone la ideología del capitalismo, en donde todo lo que no sea lo suyo es tenido por arcaico, como no moderno.

Llegados a este punto, pareciera que todo es ideología. Pero si todo es ideología, nada es ideología. Dicho de otro modo: si todo en el mundo fuera “azul”, no habría color azul. Porque hay ideas de “izquierda” es posible hablar de ideas de “derecha”. Para que un término tenga significado, entonces, debe ser posible especificar qué es y en qué circunstancias existe. De esto se trata la delimitación conceptual y la visibilidad de lo que señala en la realidad: “ideología”, dice Eagleton, ofrece la posibilidad de delimitar las disputas de poder por la forma de vida social. No hacer esa diferencia, homogeneiza un estado de cosas, que es otro modo de decir que no se admiten las relaciones y disputas de poder. Como dice el autor: una tostada que se quemó no es ideología. Pero si esa tostada quemada deriva en una mujer golpeada por un hombre porque no cumplió bien con “sus deberes”, la cuestión se convierte en un asunto ideológico respecto a los géneros, al sexo, al poder. En este sentido, entonces, hablar correctamente de ideología permite jerarquizar el poder y evidenciar distintos modos y mecanismos de “abogar” por él.

Nuestra cotidianeidad está llena de situaciones que no tienen nada que ver con la ideología. Son acciones, que en sí mismas no tienen contenido ideológico. Pero así como una tostada quemada se puede volver un asunto ideológico en el momento en que intervienen representaciones y cosmovisiones para decidir sobre el asunto, lo mismo ocurre con múltiples acciones del día a día. Evidenciarlas tiene que ver con el paso a la crítica, con lo que con Platón hemos visto como el paso de la *doxa* a la *episteme*, de la creencia en que es un hecho inocente y sin necesidad de extrapolarlo más que como alguien a “quien se le fue la mano”, a una reflexión capaz de superar la simplificación a que es sometida la realidad.

Es bien claro cómo se nota lo anterior si “vemos” desde otras epistemologías lo que estamos acostumbrados a ver por la epistemología dominante: la epistemología feminista, por ejemplo, subvierte los modos de investigar y exponer lo real de un modo histórico dominado por el patriarcado. La subversión de lo real deja a esa “realidad anterior” descolocada, en offside (dicho futbolísticamente), aunque ello no asegura que sea exitosa en la modificación inmediata de lo criticado. En este tipo de estudios críticos se hace bien patente (o se busca hacerlo) la función ideológica del lenguaje para transmitir relaciones y modos de relación en el mundo.

Decir “negrxs de mierda”, como es habitual escuchar en las redes sociales o en declaraciones televisivas, no son referencias violentas a la paleta de los colores. En esa elección de palabras, hay una tipificación de sujetos, relaciones y comportamientos violenta, agresiva y que totaliza una idea sobre los mismos. Son encierros que dogmatizan y nublan la capacidad de crítica, y deben ser rechazados de plano. En el mismo sentido, hay usos del lenguaje fascistas, neoliberales, socialistas, patriarcales, neocoloniales, feministas, humanistas, nacionalistas, etcétera. Y cada uno designa significados de acuerdo a su cosmovisión del ser, de las relaciones, de la libertad, de la verdad. La cuestión, otra vez, es poder analizarlos críticamente y explorar sus alcances, incluso en uno mismo: hacerse consciente y saber qué defendemos o atacamos, los fundamentos y argumentos que recorren ese lenguaje, el modo de relación que establecen entre sujetos y significados de las cosas, determinar los modos de identificación que genera.

Hay una relación que establecer entre la teoría de la ideología, la epistemología y la filosofía. Las tres procuran aprehender y, otra vez, la clave es la H. Tratan de “asir”, de atrapar lo real sabiendo que la verdad absoluta en los ámbitos humanos no es posible; pero sí es posible conocer los sistemas de relaciones que dan sentido a una realidad, sabiendo que ese “sentido” es uno entre muchos posibles, y que su uso tiene consecuencias en los modos en que se desarrolla la vida humana.

De acuerdo a Eagleton, dando cuenta de una lectura crítica de la realidad pueden identificarse, a) conflictos de significación, que son disputas por establecer la hegemonía de un significante. Por ejemplo, dos corrientes políticas se disputan el significado de “lo justo: una, pretende que justo sea un sistema de mérito en donde cada cual obtiene lo que puede según sus capacidades; la otra, sostiene que lo justo es, antes que nada, la reparación de las condiciones injustas que someten y vulneran a sujetos; b) la relación entre lo real y la realidad, en lo que entendemos que entre ambos planos hay una distancia ineliminable, y eso es la humanidad: “lo real” es, para nosotros, lo que hemos construido como tal, es un artificio y como tal lo podemos conocer, exponer; *la realidad*, es el conocimiento de ese sistema de relaciones que hacen nuestro “real”, nunca es el fondo último de “cómo deben ser las cosas”, porque eso no existe en el ámbito humano; y c) la verdad de las prácticas, en función de la mistificación que provocan de las necesidades y deseos: los procesos de desmistificación son posibles a partir de la duda, de la sospecha, de la pregunta, que evidencian que la “verdad” de una práctica responde a un *necesario* esquema de relaciones, pero que no es único ni absoluto.

Deberíamos entender, en este punto, que la ideología no es una ilusión sin base real. Es decir, se construye ideología siempre sobre la base real de prácticas y de sujetos que las afirman y creen (otra vez, la pistis de la alegoría de la línea). Esto no es lo mismo que ser engañado. No estamos suponiendo un complot permanente para tenernos en las tinieblas, sino que son procesos que ocurren con ciertas inercias, ciertos modos de ser en el mundo que nos hacen aceptar sus equívocos. Por ejemplo, en el capitalismo, una vez que vivimos en él, aceptamos tácitamente sus lenguajes y la visión-mundo que nos propone porque constituye el entramado mismo de nuestra vida: habita en nosotros la ideología, somos tramados con las relaciones que hacen al mundo que nos postula, somos *ya* ideología operante.

Nuestra mirada del mundo está pre-constituida por las formas de las ideologías dominantes. Así, ver al trabajo como una mercancía que se vende en un mercado, no pareciera tener nada extraño, ni tampoco la extracción de un valor tan grande de ese trabajo por parte de quien emplea, ni tampoco el criterio de la acumulación de riqueza o de éxito economizado como lo real de la vida humana. No son actos espontáneos ni naturales, son parte de una trama histórico-vital que se nos hizo cuerpo y pensamiento. Cada cual puede pensar lo que guste en relación al capitalismo, a su favor o en su contra, pero en esa decisión es importante entender su funcionamiento y el lugar de los sujetos en él. En el capitalismo, en el neoliberalismo, sobre el neocolonialismo, sobre el patriarcado, etcétera, etcétera. Sólo de este modo podemos ser más libres.

Hay un punto que nos falta clarificar y sobre el cual avanzaremos a continuación. Se trata de cómo llega al sujeto la cosmovisión, la postura ideológica. Cómo se le trama en su forma de vida, y le hace ver mundo según los parámetros de *ese* real. Cómo se puede verificar la pertenencia a una ideología determinada, y si es posible dar cuenta filosóficamente de cómo nos atraviesa. De eso se trata la parte que presentaremos de la filosofía de Antonio Gramsci. Junto con su aproximación crítica, estimamos que podremos avanzar sobre la lectura crítica, no inocente ni lineal, de los conceptos democracia, justicia, libertad.

Dr. Santiago Polop

Responsable de la cátedra